

Nuestra fotografía

por Marcos Zimmermann



Foto: Cecilia Lutufyán.

“En una vuelta de aquel tortuoso camino me encontré con una enorme piedra, ovalada y lisa como el lomo de una ballena. Me recosté sobre ella y me quedé dormido. Soñé con desiertos grises de polvo, selvas enmarañadas y largos caminos que comunicaban los diminutos pueblos diseminados en aquellos paisajes infinitos. Pero además, soñé que aquella piedra sobre la que yo dormía no era en realidad una piedra, sino una argamasa formada por la superposición de los sueños de quienes, alguna vez, habían dormido sobre ella. Y que si yo también era capaz de dejar allí mis sueños, otros podrían, algún día, soñar su propio sueño sobre el mío.”

“Piedra de sueño”.
M.Z., 1998.

Durante más de veinte años recorrí varias veces el país, tratando de fotografiar algunos rasgos de nuestra identidad. Muchas veces, durante esos viajes, observé a través de la ventanilla del auto las innumerables imágenes que aparecían y desaparecían al costado del camino. Uno tras otro, los paisajes y la gente se mostraban fugazmente, concediéndome sólo instantes para imaginar detrás de cada monte, de cada casa y de cada rostro, una forma particular de vida. A veces me detenía, fotografiaba un sitio, vivía un rato en ese mundo y compartía la felicidad o el calvario de su gente. Después partía y me sumergía en otro lugar y en otras vidas.

Curiosamente, lejos de brindarme una visión superficial de aquellos universos, esta comparación acelerada me ayudó, siempre, a vislumbrar la esencia de cada uno de ellos. A entenderlos más profundamente, a sentirlos más vivos. Aunque, muchas veces, cuando creí haber captado el espíritu de un lugar o de una persona en una toma, al mirar luego la fotografía, todo aquello se había desvanecido así como se desvanece una copia sin fijar.

Por esto mismo, yo más que nadie sé que no hay fotografía absolutamente fiel a la realidad. Pero, a pesar de este equilibrio tan inestable, característico



Parque Nacional Ischigualasto (Valle de la Luna). San Juan (1995). Del libro: “Norte argentino, la tierra y la sangre”.

del lenguaje fotográfico, es indiscutible que la relación entre fotografía y realidad está insertada en la naturaleza misma de nuestro arte. Es que, para que haya imagen fotográfica

hacen falta por lo menos dos cosas: una cámara y algún sujeto del mundo delante del objetivo. Para pintar, por ejemplo, no es necesario el mundo, basta con la imaginación. Para que haya

fotografía, en cambio, ese mundo es imprescindible.

De manera opuesta, cuando la fotografía se pretende conceptual o abstracta y se aparta de

la realidad, se transforma inmediatamente en una copia de otras artes que poseen naturalezas propias diferentes. Sólo las imita, transfiere códigos, sentido y funciones,



Nuestra fotografía, por Marcos Zimmermann

transformándose así en una hija menor de aquellas.

Así es que, convengamos que esta relación íntima de la fotografía con el mundo real, tan vapuleada y desvalorizada hoy, está intrínsecamente ligada a nuestro arte y constituye, a mi juicio, no sólo la sustancia básica de este *metier*, sino también su mayor mérito. Es allí, en su capacidad directa y descarnada para contar lo que nos rodea, en donde la fotografía encuentra su mayor sentido, se vuelve más valiosa y, curiosamente, hasta deja espacio para que su mismo realismo sea cuestionado.

En el incipiente mercado de fotografía de arte de nuestro país, tomó cuerpo en los últimos tiempos una manera artificiosa de hacer y de gestionar fotografía, que utiliza formas ajenas y entroniza temas que nos son extraños. Sus premisas son la teatralidad irreal como sujeto, la necesidad de curadores que actúen como filtro entre el artista y el público reinterpretando caprichosamente la obra, y la limitación de la cantidad de copias a realizar de una misma fotografía con el objeto de elevar su precio de venta, algo que contradice otra de las características propias de la fotografía: su capacidad de reproducirse hasta el infinito.

Pero la originalidad es tan esencial a la pintura, como la reproductibilidad lo es a la fotografía. Así es que, lejos de aportar una respuesta estética nueva, tal como lo pretende, esa forma supuestamente "novedosa" de concebir nuestro arte, espejándolo en otras disciplinas, tiene, en el fondo, como única finalidad justificar a críticos, curadores

e intermediarios de todo tipo venidos de otras artes, que obtienen un lugar en el mundo de la fotografía gracias a quienes hacemos realmente el trabajo, exponemos nuestras ideas de manera transparente en cada uno de nuestros ensayos y libros, y comprometemos toda nuestra vida en este camino. ¿Qué sería de todos aquellos que tratan de explicar la inmortalidad del cangrejo artístico en fotografías casi siempre enormes, muchas veces vacías de contenido, y únicamente justificables luego de la descabellada explicación del curador y padre del engendro, si esas imágenes fueran lo suficientemente claras como para hablar y transmitirnos emociones por sí solas? ¿No sería esa sola claridad de mensaje el epitafio mismo de estos curadores?

Nuestra realidad es completamente diferente a la de otros países en donde la fotografía tiene otra historia, le inquietan otros problemas y se apoya en otros paradigmas. Por lo tanto, infiero que el contenido y los modos de concebir a la fotografía argentina deberían ser diferentes, también, a estos modelos. En una palabra, deberían ser un poco más cumbiovilleros; es decir más serios, más profundos, más nuestros.

Quienes hemos dejado una buena parte de nuestra vida tratando de mostrar el país en ensayos y libros, sabemos lo que significa apuntar nuestras cámaras hacia la patria. El amor que esto implica, pero también que devuelve. Sería bueno que los fotógrafos aprovecháramos este momento histórico de revaloración de lo argentino para hacer una fotografía que exponga verdades nuestras,

de las cuales surja también una estética propia. Para plasmar las imágenes que esperan en cada rincón de la Argentina y expresar las diferentes formas de entender la vida que conviven en nuestra patria. Mundos tan vastos, que muchas veces nos obligan a preguntarnos cuál de esos países somos cuando, en realidad, somos precisamente esa pregunta: un país con contradicciones, un país sin terminar, un país en tránsito hacia un país.

Entonces, ¿porqué no mirarnos francamente y mostrarnos en consecuencia? ¿Porqué no exhibir en nuestras fotografías esta variedad e incertidumbre, antes que otra cosa y así evitar copias pretensiosas de lo ajeno? ¿No sería ésta, la mejor manera de abrir el camino a una fotografía verdaderamente argentina?

Creo que es aquí, en donde los fotógrafos podemos hacer un gran aporte a nuestro país: mostrándonos a nosotros mismos y haciéndolo a nuestro modo. Mientras tanto, sueño con que mi trabajo, que muestra sólo una pequeñísima parte de este rompecabezas sin armar que es la Argentina, pueda provocar el deseo de mirar con respeto, cariño y simpleza, algunos de los infinitos mundos que pueblan nuestra tierra. Un sueño que, como en esa piedra que encontré en el camino, se apoya en los de tantos otros fotógrafos que me precedieron y sobre el que, estoy seguro, soñarán muchos otros en el futuro. Para que, de a poco, la fotografía argentina pueda reflejar nuestra forma propia de pensamiento, de expresión y de vida. ○

Octubre de 2010.

